



Pasado y Memoria. Revista de Historia  
Contemporánea  
ISSN: 1579-3311  
pasadoymemoria@ua.es  
Universidad de Alicante  
España

Laspra Rodríguez, Alicia

De la Revolución al Imperio: Imágenes discordantes de Napoleón en Gran Bretaña, 1795-1804

Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea, núm. 10, 2011, pp. 41-72  
Universidad de Alicante  
Alicante, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=521552320003>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

# **De la Revolución al Imperio: Imágenes discordantes de Napoleón en Gran Bretaña, 1795-1804**

## **From Revolution to Empire: Conflicting Images of Napoleon in Britain, 1795-1804**

**Alicia Laspra Rodríguez**

Universidad de Oviedo

Recibido: 20-IX-2011

Aceptado: 19-XII-2011

### **Resumen**

La irrupción de Napoleón Bonaparte en el escenario político británico a partir de 1795 suscitó diversas representaciones de su imagen que responden a la configuración ideológica del país en el momento. Tales representaciones sufrieron una evolución condicionada por la propia carrera de Bonaparte. Este dinámico proceso tuvo un precedente importante en la forma en que se había interpretado la Revolución Francesa en Gran Bretaña. El presente trabajo analiza ambos procesos a la luz de las representaciones sucesivas de que fueron objeto por parte de la clase política y de los intelectuales de la época. La influencia que todo ello tuvo en los poetas románticos, como mediadores de los acontecimientos ante la ciudadanía británica, junto con la proyección icónica de Bonaparte, son también objeto de revisión.

**Palabras clave:** Gran Bretaña 1795-1804, Napoleón, Revolución Francesa, Imágenes, Escritores románticos ingleses, Políticos británicos.

### **Abstract**

The emergence of Napoleon Bonaparte in the British political theatre from 1795 onwards inspired a wealth of changing representations of his image, which responded to the prevailing ideological lines shaping the country. Such representations evolved in parallel with Bonaparte's own career. The ways in which the French Revolution had been interpreted in Britain set a precedent for that dynamic process. This paper examines both processes in the light of their successive representations in the minds

of contemporary politicians and intellectuals. The influence of said processes on the Romantic poets, as mediators of the events to the British public, together with Napoleon's iconic representations, are likewise revisited.

**Keywords:** Britain 1795-1804, Napoleon, French Revolution, Images, English Romantic writers, British politicians.

## Introducción

El presente trabajo tiene como objetivo revisar la evolución de la controvertida imagen que políticos e intelectuales británicos de distinto signo construyeron de Napoleón Bonaparte, desde su emergencia como personaje de interés unánime en 1795 hasta su peculiar coronación como Emperador de los franceses en 1804<sup>1</sup>. A partir de ese acontecimiento, las representaciones de Napoleón en Gran Bretaña, con algunas excepciones, escasas y excéntricas, fueron confluendo hacia una orientación mayoritariamente descalificadora.

El estudio previo de la forma en que evolucionaron las diferentes representaciones de la Revolución Francesa en Gran Bretaña resulta de gran utilidad para comprender el proceso paralelo que tuvo lugar en la interpretación de quien se presentaba ante la opinión pública británica como el fruto más prometedor de los sucesivos procesos revolucionarios.

La imagen de Napoleón que se fue forjando en Gran Bretaña, desde los inicios de su fulgurante carrera hasta su derrota definitiva y confinamiento en Santa Helena, no fue una ni fue uniforme, prácticamente desde que comenzó su notoriedad en ese país. Los personajes más destacados en los ambientes sociales y políticos, al igual que en los culturales y literarios, trataron de entender y explicar la figura de Napoleón partiendo de su propio posicionamiento ideológico, actitud que puede ser considerada como inevitable ya que, en mayor o menor medida, ha prevalecido en la interpretación del mundo a lo largo de la historia. Ello tuvo como consecuencia visiones de Napoleón diametralmente opuestas entre los representantes parlamentarios del pueblo británico y también entre los miembros de los principales grupos socio-culturales y literarios, los cuales, en muchos casos, tenían una presencia importante en los dos ámbitos señalados, el político y el literario-cultural. La trayectoria del personaje, con su evolución progresiva hacia derivaciones insospechadas, generó una evolución igualmente progresiva en esas visiones, inicialmente discrepantes entre sí, hacia una confluencia derivada de la contundencia de los hechos. Hubo sonadas excepciones, naturalmente, en su mayoría relacionadas con un idealismo romántico rebelde y pertinaz –que podría ser definido

---

1. Este estudio se enmarca así en los parámetros teóricos de la «imagología»: véase BELLER, Manfred y LEERSSEN, Joep, *The Cultural Construction and Literary Representation of National Characters*, Amsterdam, 2007. Por otro lado, es concordante con los objetivos del Proyecto Nacional I+D+i Ref. FFI2011-23532, de cuyo equipo investigador forma parte la autora.

como militante— representado de forma magistral por Lord Byron, quien mantuvo su admiración por Napoleón durante toda su vida<sup>2</sup>.

### La respuesta británica a la Revolución Francesa

La evolución de la impronta de Bonaparte en el Reino Unido tiene un precedente en el desarrollo del modo en que la Revolución Francesa había sido interpretada en ese mismo país, pasando de una recepción entusiasta inicial, observable en gran parte de la intelectualidad, al mayor de los desencuentros. Ambos fenómenos —Revolución Francesa y Napoleón— generaron desde el primer momento una mayor o menor ilusión en amplios círculos británicos y fueron dando paso a una también mayor o menor decepción, a medida que sus repercusiones afectaban de una forma cada vez más directa a la estabilidad y a la tranquilidad de los ciudadanos de ese país.

La respuesta de los dirigentes británicos, y de gran parte de la ciudadanía, a la primera fase de la Revolución Francesa (1789-1792), fue en general entusiasta, incluso entre los miembros del partido conservador, *Tory*, encabezados por William Pitt el Joven, que a la sazón estaba al frente del Gobierno. La simpatía que suscitaron las noticias llegadas a Gran Bretaña acerca de la crisis política que estaba teniendo lugar en Francia en el verano de 1789 se explican principalmente por el resentimiento antiborbónico que había generado en el Reino Unido el apoyo del rey francés a los independentistas norteamericanos en su exitosa guerra contra la Corona británica, hasta tal punto que cualquier hecho que pusiese en peligro la estabilidad de Luis XVI era considerado moral y diplomáticamente deseable en el Reino Unido<sup>3</sup>.

Los acontecimientos franceses de este período inicial, que en el Reino Unido se describe como una etapa de monarquía constitucional, eran contemplados incluso con un punto de admiración, y como un modelo digno de seguir entre los reformistas más radicales, representados por los seguidores de Fox. La *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* y las reformas legislativas introducidas en Francia por la Asamblea Constituyente (en especial, la abolición del feudalismo y el establecimiento de algunas libertades) hicieron renacer entre los reformistas británicos el espíritu de su propia Revolución Gloriosa de 1688. Con esa experiencia los británicos se consideraban especialmente cualificados para valorar y admirar los acontecimientos

2. Para más detalles sobre la identificación de Byron con Bonaparte, véase MARCHAND, Leslie A., *Byron: A Portrait* Chicago, 1970, pp. 387-388, 408-409 y MACCARTHY, Fiona, *Byron: Life and Legend* London, 2003, pp. VII-X, 221, 224 y 279.

3. ROYLE, Edward, *Revolutionary Britannia? Reflections on the threat of revolution in Britain, 1789-1848*, Manchester, 2007, pp. 13-15.

franceses, que llegaron a generar verdadero interés entre la población. Todavía entre 1790 y 1791 se representaría una obra teatral titulada *La toma de la Bastilla* (*Taking the Bastille*) como mínimo en tres teatros británicos de importancia<sup>4</sup>. La mayoría de los intelectuales británicos estaban fascinados con la Revolución Francesa y sus logros. Algunos escritores románticos llegaron incluso a viajar a Francia con la finalidad de ser testigos presenciales de los cambios que se estaban introduciendo en el sistema político-social del país. El exponente más paradigmático de esa curiosidad es William Wordsworth, quien viajó a Francia en tres ocasiones. Su primer encuentro con la Revolución Francesa, que recogería posteriormente en *The Prelude*, tuvo lugar durante una excursión que realizó por los Alpes en 1790. Con el fin de conocer de primera mano los acontecimientos, Wordsworth realizó un segundo viaje a Francia que duraría un año, entre 1791 y 1792. Visitó los lugares clave de París y las ruinas de La Bastilla, comprometiéndose al mismo tiempo con el espíritu revolucionario y republicano. Recorrió también el sur del país y volvió a París poco después de las masacres de septiembre. Wordsworth regresó a Inglaterra, al parecer, a mediados de diciembre, y en los primeros meses de 1793 escribió, aunque no lo publicó, un panfleto pro-republicano, *A Letter to the Bishop of Llandaff*, en el que justificaba la ejecución de Luis XVI y reclamaba el fin de la guerra que Francia mantenía con Austria y Prusia<sup>5</sup>. Como se verá más abajo, el caso de Wordsworth ilustraría del modo más extremo la evolución del pensamiento británico respecto a la Revolución Francesa, y respecto a la propia figura de Napoleón, desde un entusiasmo ciego hasta la mayor de las decepciones.

La iniciativa revolucionaria que mayores simpatías generó en el reino de Jorge III fue sin duda el desmantelamiento de un absolutismo borbónico que era denostado en Gran Bretaña por parte de Whigs y Tories sin distinción. Incluso en los momentos más difíciles de las relaciones anglo-francesas la trascendencia de este logro fue inusitada. Para el propio Primer Ministro Pitt –cuyo Gobierno, no obstante, nunca llegó a reconocer oficialmente a la República Francesa, ni tampoco a otorgar el estatus de embajador a los sucesivos representantes de la misma en Londres– ese reconocimiento, que suponía legitimar

4. MEISTER, Jackes Henry, *Letters Written During a Residence In England. Translated from the French of Henry Meister...* Together with a letter from the Margravine of Anspach, Londres, 2010, pp. 29-30. Para una revisión de la reacción inicial de la prensa británica, véase SCHWIZER, K. y KLEIN, R., «The French Revolution and the developments in the London Daily Press to 1793», *Publishing History*, 18, 1985, pp. 85-97.

5. ROE, Nicholas, «Wordsworth», en MCCALMAN, Iain (ed.) *An Oxford Companion to the Romantic Age, British Culture 1776-1832*, pp. 771-773.

la nueva forma de Estado, siempre fue un motivo de reflexión y prudencia. Es este factor el que explica en gran medida su permanente inclinación a respaldar el derecho de los franceses a decidir su propio destino resolviendo sus problemas internamente, y a defender una política de neutralidad respecto al país vecino, incluso en momentos en que esa neutralidad comenzaba a resultar bastante incómoda, como reflejan las difíciles relaciones diplomáticas del Reino Unido con Prusia y Austria en 1792<sup>6</sup>.

El expansionismo territorial francés anterior a enero de 1793, que tanto había provocado al resto de Europa, no había sido suficiente para implicar al Reino Unido en una guerra abierta contra el país agresor. Pitt se había conformado con intentar conseguir por la vía de la negociación diplomática la evacuación de las zonas ocupadas por Francia y el restablecimiento de las líneas fronterizas existentes antes de 1789<sup>7</sup>. Y ello a pesar de que el Gobierno de Pitt tenía constancia de que la Francia revolucionaria llevaba años infiltrando agentes en Gran Bretaña con el fin de propagar los principios de la Revolución y promover sediciones y revueltas mediante sendas campañas propagandísticas<sup>8</sup>. A ello se sumó la creación de numerosas sociedades por todo el país cuyos miembros eran Whigs reformistas, en muchos casos radicales, y *Dissenters*, es decir, disidentes religiosos. En tres ocasiones –marzo de 1787 y mayo de 1789, liderados por Henry Deaufoy, y marzo de 1790, liderados por Charles Fox– habían fracasado en sus intentos por lograr la mayoría parlamentaria suficiente para conseguir la derogación de la ley denominada *Test and Corporation Act*. Esta norma convertía en ciudadanos de segunda clase a todos los miembros de comunidades religiosas minoritarias, especialmente porque se les negaba el acceso a la función pública y, en el caso de los católicos, al Parlamento. La revocación de esta ley, aunque en ningún caso triunfó oficialmente debido al reducido número de parlamentarios disidentes, fue objeto de gran controversia y debate, como refleja la prensa del momento<sup>9</sup>. Si bien el proyecto de derogación no obtuvo el apoyo oficial necesario para convertirse en realidad, sirvió como revulsivo para la organización de los inconformistas, que exigían más derechos civiles y políticos. En respuesta a estas asociaciones se crearon otras de orientación *Tory*. A las nuevas sociedades

6. MORI, Jennifer, *William Pitt and the French Revolution 1785-1795*, Edinburgh, 1997, pp. 109-12.

7. *Ibid.*, pp. 87-108.

8. ROYLE, Edward, *Revolutionary Britannia?...*, pp. 16-18.

9. DITCHFIELD, Grayson M., «The Parliamentary Struggle over the Repeal of the Test and Corporation Acts, 1787-1790», *The English Historical Review*, vol. 89, nº 352 (julio, 1974), pp. 551-577.

se unieron algunas ya existentes, formadas hacia 1785 con la finalidad de conmemorar el primer centenario de la revolución británica por excelencia, la Revolución Gloriosa de 1688. La principal consecuencia de este conflicto había sido la derrota y deposición del último rey católico, Jacobo VII de Escocia y II de Inglaterra e Irlanda, y su abandono del país. La corona pasó entonces a ser compartida por el matrimonio formado por su hija María y el primo de esta, Guillermo de Orange, ambos protestantes y acérrimos defensores de la filosofía de «Church and Kingdom», que garantizaba para la Corona la jefatura de la Iglesia Anglicana. Esta revolución, aunque considerada como incompleta por los más radicales, supuso una modernización precoz del sistema político respecto al reparto de poderes entre la Corona y el Parlamento. Con las disposiciones legislativas contenidas en la denominada *Bill of Rights* quedaba excluida de forma definitiva cualquier posibilidad de una monarquía católica. Pero la consecuencia más revolucionaria en sentido estricto fue que, con la introducción de importantes limitaciones al poder del rey, se puso fin al absolutismo en Gran Bretaña un siglo antes de que se iniciara el proceso revolucionario en Francia.

Tras las conmemoraciones de la Gloriosa, la mayoría de esas sociedades habían perdido protagonismo quedando en cierto modo aletargadas, pero los acontecimientos franceses de 1789 provocaron la reactivación de las más importantes. Esto sucedió, por ejemplo, en noviembre de ese mismo año con la *London Revolution Society*, de orientación Whig, en cuyo seno el líder de la disidencia Richard Price tuvo una famosa intervención dedicada a ensalzar la Revolución Francesa, la cual a su juicio marcaba el camino a seguir para lograr la culminación de la «incompleta» Gloriosa. Se produjo así una proliferación de sociedades y clubes, no solo en Londres sino también en las principales ciudades inglesas y escocesas, como expresión del esfuerzo colectivo de la ciudadanía británica, tanto reformista como conservadora, por apoyar las posiciones de uno y otro signo. La derrota de los foxitas en marzo de 1790 sirvió de aliciente para las celebraciones de los partidarios del sistema *Church and Kingdom*. En Manchester se creó ese mismo mes de marzo el *Church and King Club*, que celebraba la derrota de Fox. La respuesta de los reformistas se materializó en la creación, en octubre, de la *Manchester Constitutional Society*. Durante los meses siguientes, la proliferación de sociedades similares se extendió a Norwich, Birmingham, Derby, Bristol y otras ciudades. Se llegaron a producir serios enfrentamientos entre los partidarios de una y otra tendencia. En 1791, coincidiendo con el segundo aniversario de la toma de La Bastilla,

una multitud enfurecida de signo político conservador atacó los domicilios y las iglesias de los reformistas en Nottingham, Manchester y Birmingham<sup>10</sup>.

En esa primera fase de la Revolución Francesa, los reformistas parlamentarios británicos acusaron también la influencia de la Revolución Americana, especialmente tras el regreso a Inglaterra de ciudadanos que habían colaborado con los colonos norteamericanos en su revuelta contra la metrópoli, quienes sin duda hicieron circular nuevos ideales libertarios<sup>11</sup>. En este caldo de cultivo, no sorprende que muchos británicos considerasen razonables las demandas del Tercer Estado en Francia, y por tanto de la Asamblea Nacional.

### Edmund Burke y el debate en torno a la Revolución

Surgió entonces la temprana, y profética, voz discrepante de Edmund Burke entre las filas de la facción moderada de los Whigs. A pesar de la extensa obra de este escritor y estadista, que incluye la implantación en 1759 de *The Annual Register*, anuario británico por excelencia, su trabajo más influyente sería el extenso tratado *Reflections on the Revolution of France*, que sentó las bases del conservadurismo británico moderno<sup>12</sup>. Consiste el famoso documento en un alegato, profético en muchos sentidos, contra los, a juicio de su autor, peligros derivados de un cambio institucional en manos del pueblo:

«Aunque deseo de todo corazón que Francia se halle movida por un espíritu de libertad racional –y creo que están ustedes comprometidos en actuaciones de absoluta honestidad– ante la necesidad de crear una institución permanente en la que ha de residir dicho espíritu, y un órgano gestor, mediante el cual pueda actuar, no puedo por desgracia evitar albergar serias dudas respecto a algunas cuestiones planteadas en sus últimas declaraciones.

(...) Debo posponer mis felicitaciones por la nueva libertad de Francia hasta conocer el modo en que libertad se combina con gobierno, con fuerzas públicas, con disciplina y obediencia a los ejércitos, con recaudación de impuestos eficaz y bien distribuida, con moralidad y religión, con la solidez de la propiedad, con paz y orden, con modales cívicos y sociales. Todos estos elementos (a su manera) son beneficiosos; y sin ellos la libertad no es un beneficio mientras dura, y no es probable que se mantenga mucho tiempo. Me siento como si estuviera ante una gran crisis, no en Francia solamente sino en toda Europa, quizás más allá de Europa. Considerando de forma conjunta todas las circunstancias, la Revolución Francesa es lo más asombroso que ha sucedido en el mundo hasta ahora.

10. ROYLE, Edward, *Revolutionary Britannia?*..., pp. 13-15.

11. CALÉIS, Gregory, *The French Revolution. Debate in Britain*, New York, 2007, p. 2.

12. Para un análisis pormenorizado de los planteamientos de Burke, véase HAMPSHER-MONK, Iain, «Edmund Burke», en MCCALMAN, Iain (ed.), *An Oxford Companion...*, pp. 435-437.

(...) Al contemplar esta monstruosa escena tragicómica, las pasiones más opuestas triunfan necesariamente, y en ocasiones se entremezclan en la mente; el desdén y la indignación alternan; la risa alterna con las lágrimas; el desprecio alterna con el horror»<sup>13</sup>.

Combinando el entusiasmo por los ideales revolucionarios con la cautela propia del racionalismo, Burke, que estaba situado ideológicamente entre los radicales *Whig* y los conservadores *Tory*, se anticipó también a dudar de la validez del razonamiento abstracto y del derecho natural preconizados por la Revolución Francesa:

«¿Debo felicitar al asesino salteador de caminos que se ha fugado de la cárcel por recobrar sus derechos naturales?»

Con sus reflexiones, Burke introdujo los primeros debates en torno a la hasta entonces no cuestionada Revolución Francesa. El entusiasmo inicial ya no fue compartido de forma generalizada, sino que se produjo una división entre quienes permanecían a favor de los principios revolucionarios y quienes pasaron a dudar de su validez. El prestigio personal de Burke y sus posicionamientos moderados, aunque de cuño *Whig*, le otorgaban un alto grado de credibilidad. Por otro lado, en los círculos intelectuales y en otros muchos ámbitos de la sociedad resultaba traumático enfrentarse a unas ideas que colisionaban con el imaginario prevalente. Una de las razones más poderosas que explican la trascendencia de la obra de Burke se halla en la confirmación posterior de sus temores al preconizar que Francia se convertiría en una «democracia militar», es decir, un país en el que el poder es ostentado por el pueblo en armas:

«La naturaleza de las cosas requiere que el Ejército jamás actúe si no es como un mero instrumento. En el momento en que, erigiéndose a sí mismo como un órgano deliberativo, actúe de acuerdo con sus propias resoluciones, el Gobierno, sea del signo que sea, degenerará de inmediato hacia una democracia militar –esa especie de monstruo político que siempre ha terminado por devorar a quienes lo han creado–»<sup>14</sup>.

La reacción más ponderada e influyente a las reflexiones de Burke vino de la mano del radical Thomas Paine quien, emigrado en América, había ya

13. BURKE, Edmund, *Reflections on the Revolution in France, and on the Proceedings in Certain Societies in London Relating to that Event. In a Letter Intended to Have Been Sent to a Gentleman in Paris*, London, 1790, disponible en <http://books.google.es/>. [consultado: 18-VII-2011]. Esta y las siguientes traducciones inglés-español son de la autora del trabajo.

14. *Ibid.*, pp. 8-12 y 306. También en <[http://www.constitution.org/eb/rev\\_fran.htm](http://www.constitution.org/eb/rev_fran.htm)> [consultado: 18-VII-2011].

publicado allí un muy influyente texto, el panfleto titulado *Common Sense*<sup>15</sup>, considerado como crucial para convencer a los norteamericanos de la conveniencia de independizarse de Gran Bretaña, a cuya causa contribuyó directamente sirviendo como soldado en el conflicto independentista. Habiendo vuelto a Inglaterra en 1790, Paine publicó su respuesta al tratado de Burke, titulada *Rights of Man*<sup>16</sup>, en dos entregas que vieron la luz en 1791 y 1792 respectivamente. La segunda parte, considerada oficialmente como «un libelo sedicioso»<sup>17</sup>, le costó muy cara a su autor, siendo procesado a causa de la misma y la obra proscrita en Gran Bretaña. Paine se vio forzado a huir a Francia donde inicialmente fue recibido como un héroe, hasta el punto de que fue uno de los dos únicos extranjeros elegidos miembros de la Convención Nacional. Sin embargo, durante la época del Terror liderada por Robespierre, un atónito Paine fue encarcelado y estuvo a punto de probar la guillotina por manifestarse en apoyo del exilio, en lugar de la ejecución, como solución para Luis XVI. Su decepción posterior con el rumbo que tomó la Revolución fue inmensa<sup>18</sup>. *Rights of man* ofrece una defensa vigorosa de las bases del pensamiento democrático moderno, al tiempo que un ataque igualmente vigoroso a Burke, a quien considera culpable de haber provocado un cambio en la actitud de los británicos respecto a la Revolución Francesa.

Aunque Paine estaba en lo cierto, sería la propia evolución de los acontecimientos, en mayor medida que Burke, la que pondría a cada uno en su sitio e induciría a modificar los posicionamientos inicialmente compartidos por la gran mayoría de los británicos. Ello se percibe ya, como mínimo, a partir de abril 1792, cuando los efectos de la preocupación oficial respecto a los peligros intelectuales y sociales de la revolución se hacen evidentes. La expresión más nítida de ese nerviosismo –e incluso quizás alarmismo– del gabinete ministerial fue la emisión de una proclama real, el día 21 de mayo, advirtiendo a la nación contra los peligros de los previsibles efectos sociales negativos de publicaciones y escritos sediciosos. En ella, el responsable del *Home Office*, equivalente al ministro del Interior, Charles Dundas, calificaba a los parlamentarios reformistas de *revolucionarios en potencia*. La proclama, sin embargo, no debió de ser muy eficaz pues, según Thompson, entre 1791 y 1793 se vendieron como mínimo 200.000 ejemplares de la obra de Paine

15. Texto completo en <<http://www.earlyamerica.com/earlyamerica/milestones/common-sense/text.html>> [consultado: 22-VII-2011].

16. Texto completo en <http://books.google.com/books> [consultado: 22-VII-2011].

17. MORI, Jennifer, *William Pitt...*, p. 108.

18. CALÉIS, Gregory, *The French Revolution...*, p. 35. Este mismo autor ofrece en la obra citada un estudio pormenorizado de ambas partes del tratado de Paine.

(teniendo en cuenta ambas partes y descontando su venta en Irlanda, que también fue masiva, así como las traducciones a distintas lenguas europeas)<sup>19</sup>. Por si la situación doméstica fuese poco preocupante, con grandes disturbios en Edimburgo y otras ciudades importantes, en el exterior las cosas se complí-caban cada vez más. La declaración de guerra a Austria por parte de la Asamblea Nacional francesa en ese mismo mes de abril añadió una gran tensión a la ya existente. Los foxitas, liderados por Grey, habían además lanzado una fuerte campaña nacional reformista que el Gobierno de Pitt tuvo que afrontar con muchas dificultades. El año 1792 marcó así un cambio importante en la política de Pitt, con el posicionamiento de su Gobierno, de forma pública y notoria, contra la Revolución Francesa. Los ideales fundamentales de la misma permanecieron no obstante intactos en el imaginario de los sectores más radicales de la sociedad británica.

El asalto al palacio de las Tullerías el 10 de agosto y las masacres de pri-sioneros a primeros de septiembre, también en París, demostraron a muchos desilusionados británicos que la Revolución no tenía el futuro que habían preconizado y supusieron la confirmación de las primeras profecías de Burke. Con la llegada masiva a Inglaterra de exiliados procedentes del país vecino la desilusión se hizo aún mayor, y la mediación de la prensa quedó superada por la realidad directamente percibida a través de las experiencias que relataban los exiliados. La sustitución de la segunda Asamblea Nacional por la Conven-ción jacobina fue también un motivo de gran preocupación para los británicos moderados.

A pesar de todo ello, se mantenían las reticencias de Pitt a abandonar su estudiada neutralidad, que venía sosteniendo desde el estallido de la Revolu-ción Francesa. Pero ahora esa neutralidad comenzaba a ser indefendible. La reacción de Pitt ante aquellos sucesos fue de nuevo contenida. Reiteró la neu-tralidad de Gran Bretaña y se conformó con llamar de vuelta a su embajador en París y publicar una proclama en la que anunciaba se negaría asilo a los franceses regicidas. En cuanto a los exiliados, ante las sospechas fundadas de que había entre ellos elementos sediciosos, en el *Home Office* se hizo necesario dictar órdenes a los oficiales de aduanas para controlar los equipajes de los recién llegados y confiscar posibles libelos y panfletos pro-revolucionarios. También se realizaron esfuerzos por impedir ediciones populares de la obra de Paine aunque, como queda indicado más arriba, no fueron suficientes para impedir su distribución masiva<sup>20</sup>.

---

19. THOMPSON, Edward, P, *The Making of the English Working Class*, New York, 1963, pp. 107-108. Texto completo en <http://books.google.com/books> [consultado: 7-X-2011].

20. MORI, Jennifer, *William Pitt...*, p. 120.

Las victorias francesas en Europa, por otra parte, provocaron el resurgimiento del radicalismo popular en Gran Bretaña, sucediéndose por todo el país las celebraciones de esas victorias, con frecuencia acompañadas de disturbios. Octubre y la primera quincena de noviembre fueron especialmente conflictivos. La prioridad de Pitt pasó entonces a ser el orden público. Y de ahí se deriva el proceso de reformas legislativas de carácter represivo que se desarrollaría a lo largo de los meses siguientes.

### Una guerra inevitable

Con la ejecución de Luis XVI el 21 de enero de 1793, el conflicto bélico se presentó ya como inevitable. La declaración de guerra formulada por la Francia revolucionaria a Gran Bretaña del 1 de febrero obligó a Pitt a renunciar a esa difícil neutralidad por la que tanto se había esforzado. El día 24 de ese mismo mes, el rey Jorge III declaraba a su vez la guerra a la ya enemiga Francia. Difícilmente habría podido Pitt imaginar que el enfrentamiento bélico que comenzaba en febrero de 1793 se prolongaría durante veinte años, con el breve intervalo de cese de hostilidades –más que de paz– fruto del Tratado de Amiens firmado el día 25 de marzo de 1802 y que llegaría a su fin el 18 de mayo de 1803. A lo largo de esta larga guerra, no obstante, el territorio británico nunca sería utilizado como campo de batalla –los desembarcos en Gales de febrero de 1797 fueron acciones propias de un sainete y los intentos por alcanzar Irlanda en 1798 un desastre para los invasores revolucionarios–. Los primeros enfrentamientos anglo-franceses de una larga guerra que no llegaría a librarse en territorio británico tuvieron lugar en las provincias holandesas, tras integrarse Gran Bretaña en 1793, junto con varios estados europeos, en la primera de una serie de seis coaliciones antifrancesas<sup>21</sup>. Estas coaliciones, de las que el Reino Unido siempre fue parte integrante, sufrieron variaciones respecto al resto de países que las componían, debido especialmente a los celos y a la desconfianza existente entre los principales estados continentales.

Los inicios de la guerra fueron favorables a los coaligados. Eliminada la amenaza de invasión en Holanda, el Ejército británico destinó 40.000 soldados a apoyar a los austriacos en Bélgica, mientras que la Royal Navy confirmaba su dominio marítimo en Europa, al tiempo enviaba expediciones con la misión de conquistar las colonias francesas. La victoria parecía segura cuando, en agosto de 1793, la importante base naval francesa de Toulon en manos

21. PHILIP, Mark, «Revolution» en MCCALMAN, Iain (ed.), *An Oxford Companion...*, p. 23. Véase también, OMAN, Carola, *Britain against Napoleon*, Londres, 1942, pp. 58-62 y 89-91.

de disidentes realistas, se alzó contra la Revolución y solicitó la cooperación de Gran Bretaña y sus aliados.

Fue allí donde tuvo lugar la primera, y fortuita, actuación estelar de un joven Napoleón Bonaparte –acababa de cumplir 24 años– que irrumpiría en el escenario esbozado interviniendo eficazmente en una acción contra los enemigos de la Revolución apoyados, precisamente, por varias unidades de la Armada británica. Tras caer herido el oficial al mando de la artillería del ejército revolucionario, el 16 de septiembre de 1793, se encomendó el mando al entonces comandante Napoleón, quien demostró sus grandes cualidades tácticas como artillero identificando y ocupando las posiciones clave para cerrar el paso a los británicos y recuperar el puerto<sup>22</sup>.

El empuje francés consiguió dar un vuelco a la situación y pronto las fuerzas aliadas tuvieron que retirarse, quedando la Primera Coalición hecha trizas. Toulon cayó a finales de 1793; Bélgica y Holanda sufrieron la invasión francesa en 1794-1795 y, en abril de 1795, los restos del Ejército Auxiliar británico (formado en su mayor parte por tropas alemanas mercenarias) fueron evacuados de Hanover tras una difícil retirada durante un invierno feroz. Hasta la expedición británica a las colonias francesas sufrió pérdidas desorbitadas provocadas por diversas enfermedades.

Aunque la hazaña de Toulon no hizo todavía famoso al comandante Bonaparte en Gran Bretaña, fue crucial como catapulta hacia su fulgurante carrera en Francia, siendo ascendido a general de brigada y nombrado comandante en jefe de la Artillería francesa en la campaña de Italia.

### Los británicos ante Napoleón Bonaparte: del entusiasmo a la decepción

La biografía de Napoleón ha sido objeto de estudio y revisión constante a lo largo de la historia. Resulta un tanto pretencioso tratar de aportar algo nuevo a la misma. Merece la pena, sin embargo, destacar su condición de hablante nativo de italiano, la lengua propia de su isla natal, Córcega. Antes de ser enviado a Francia, a la edad de nueve años, Napoleón tuvo que seguir un curso intensivo de francés para preparar su futura carrera. A pesar de ello, y de formarse en este país, nunca llegó a desprenderse de su acento italiano ni a escribir en francés con corrección gramatical, lo que podría explicar que, de manera sistemática, siempre dictara cuantos documentos oficiales firmó. Algunos historiadores sostienen que Francia nunca fue para él *la patrie*, y que siempre se sintió corso, al menos emocionalmente. Parece cierto también que, influido por la teoría de la «soberanía popular» de Rousseau, al

22. REES, D. y STILES, A., *Napoleon, France and Europe*, Londres, 1993, pp. 6-11.

principio contempló la Revolución como una oportunidad para los corsos de independizarse de Francia, tal y como antaño habían soñado respecto a separarse de Génova. Con el tiempo, una vez que Córcega pasó a ocupar un plano secundario en la vida de Napoleón, el sentido corso de lealtad familiar prevaleció en él y determinó muchos de los nombramientos y cargos políticos que otorgó<sup>23</sup>.

Los acontecimientos políticos e institucionales que tuvieron lugar en Francia, ya en 1794 –con la caída de Robespierre e implantación del Directorio– influyeron de forma decisiva en una mayor división ideológica entre la ciudadanía en Gran Bretaña. Los Whigs más radicales, con Fox al frente, adoptaron posturas muy extremistas, lo cual supuso una reducción considerable de sus partidarios. En el centro del espectro ideológico estaban los Whigs moderados, seguidores de Burke. Y muy próximos a ellos, aunque con diferencias, se situaban los Tories liderados por Pitt. La división de los primeros favoreció al Gobierno de Pitt, que pudo dedicarse a combatir a fondo la agitación social y las graves revueltas que se extendían por todo el país. La situación, no obstante, en ningún momento implicó el peligro claro de una revolución propiamente dicha. Las agitaciones no eran monocolor sino que en muchas ocasiones resultaban protagonizadas por grupos enfrentados, al participar en ellas los sectores de la ciudadanía más leales al sistema establecido, y más horrorizados ante el devenir de Francia.

En este contexto de decepción con la Revolución Francesa por parte de la mayoría, y de aferramiento obstinado a los ideales que representaba por parte del resto, emerge en Gran Bretaña la figura de Napoleón, que pronto pasaría a remplazar a la Revolución como elemento unificador entre los diferentes grupos enfrentados.

La primera mención pública que se hace al futuro emperador es seguramente la que se registra en la edición correspondiente a 1795 y publicada en 1796 del ya mencionado *Annual Register* editado por Burke. Se trata de una breve referencia relacionada con los acontecimientos de París de principios de octubre, o *Vendémiaire*, utilizando la terminología revolucionaria, y que en Francia se denomina *L'insurrection royaliste d'octobre 1795*. El texto del anuario reza así:

«(...) Fue en medio de este conflicto cuando Bonaparte apareció por primera vez en el escenario de la guerra, y con su conducta y su valor sentó las bases

---

23. *Ibid.*, p. 5.

de esa confianza en sus facultades que pronto le llevarían al ascenso y a la gloria»<sup>24</sup>.

Ya en esta brevíssima mención se aprecia una admiración y una confianza en el futuro del general realmente llamativas, además de una actitud muy objetiva por parte del autor del texto, teniendo en cuenta que estaba describiendo a alguien que había provocado una masacre mediante el uso de artillería contra sus propios conciudadanos.

La siguiente referencia, ya de mayor extensión, que se hace a Bonaparte aparece en la edición del mismo anuario correspondiente a 1796 y publicada en 1797. La mención a Bonaparte está relacionada ahora con la campaña de Italia, en la que el corso cosecha victoria tras victoria.

«Los franceses estaban al mando del general Bonaparte, quien ya destacó a raíz del enfrentamiento habido entre las tropas de la Convención y los grupos parisinos en octubre de 1795. Un oriundo de Córcega nacido para mandar, que combina la intrepidez del antiguo romano con la sutileza y la habilidad del italiano moderno. Y ambas cualidades se ven enriquecidas por una educación liberal, además de militar. Con apenas treinta años de edad, había manifestado su destreza militar no solo en aquella sino también en otras ocasiones muy decisivas, y había adquirido una reputación que le había proporcionado el más alto grado de estima entre los de su profesión. Las tropas a su mando consistían en poco más de cincuenta mil hombres. Pero contaba con la confianza absoluta de todos ellos y se le consideraba igualmente valioso para la ardua tarea que se había aventurado a emprender»<sup>25</sup>.

Esta misma edición del anuario ya recoge más noticias relativas a Napoleón, incluyendo una larga arenga que supuestamente dirigió a sus tropas tras la victoria obtenida en Cerdeña, con abundantes referencias a las hazañas de la antigua Roma y caracterizada por una inteligente oratoria, muy acorde con la gratificación psicológica que necesita el soldado para seguir luchando. La presencia del general «francés» en las páginas de este y sucesivos números del anuario, así como en la prensa periódica londinense, irá poco a poco acaparando la atención y el interés de redactores y lectores.

En medio de esa recepción positiva de Napoleón por parte de la sociedad británica, entre 1796 y 1798 el país sufrió una sucesión de importantes revéses. Bonaparte había conquistado el norte de Italia y había continuado

24. *The Annual Register, or a view of the History, Politics and Literature for the Year 1795*, London, (2<sup>a</sup> ed.) 1800, p. 106. Ejemplar completo en <<http://books.google.es/books>> [consultado: 8-X-2011].

25. *The Annual Register, or a view of the History, Politics and Literature for the Year 1796*, London, (2<sup>a</sup> ed.) 1807, pp. 87-88. Ejemplar completo en <<http://books.google.es/books>> [consultado: 7-X-2011].

avanzando hasta llegar cerca de Viena, forzando a Austria a firmar un tratado de paz en abril de 1797. Por otra parte, el Banco de Inglaterra, acuciado por una grave crisis financiera, se vio obligado a interrumpir los pagos en moneda y a recurrir al papel moneda a partir de febrero de 1797, lo cual tuvo un efecto ominoso en un país de reconocida estabilidad financiera. Otro símbolo del orgullo nacional que se tambaleó fue la prestigiosa Royal Navy cuando, entre abril y mayo de 1797, la flota del Canal se amotinó en Spithead y The Nore (Kent). Para algunos miembros del Gobierno de Londres, como el secretario del War Office, William Windham, estos alarmantes sucesos habían sido instigados hábilmente por la prensa radical pro-revolucionaria, considerada como principal responsable de la rebelión naval<sup>26</sup>. El Gobierno británico, sin embargo, supo afrontar inteligentemente esta revuelta admitiendo gran parte de las reivindicaciones de los marineros, con lo que se solucionó el problema con relativa rapidez. Una última afrenta que sufrió el país llegó desde Irlanda en mayo de 1798, cuando estalló una insurrección generalizada, aunque breve, contra el dominio británico<sup>27</sup>.

A medida que la figura de Napoleón iba alcanzando una magnitud más trascendente, en Gran Bretaña se le fue identificando con la encarnación del éxito profesional fruto del talento, idea muy respetada en ese país. Su relación con la Revolución Francesa fue objeto de amplio debate, naturalmente sujeto a las divergentes líneas ideológicas y partidistas predominantes. De todos modos, al principio de su fama, como se refleja en la forma en que se le presenta ante los lectores del anuario británico, la acogida fue unánimemente favorable e incluso esperanzadora. Las alianzas que Gran Bretaña fue estableciendo con Austria, Prusia, Rusia y el resto de Europa nunca resultaron del todo satisfactorias. Ello fue debido especialmente a los recelos entre unos y otros aliados, y al insaciable afán de todos ellos por obtener «indemnizaciones de guerra» de carácter expansionista y territorial tras las eventuales victorias<sup>28</sup>. La interminable sucesión de guerras, revolucionarias primero, y napoleónicas después, no fue solamente responsabilidad de Napoleón, como explica Gates<sup>29</sup>, sino también de británicos, austríacos, prusianos, rusos, suecos y otros países

26. ASPINALL, Arthur, *Politics and the Press, 1780-1850*, Brighton, 1973, p. 86. Para un estudio muy completo y actualizado de los principales periódicos londinenses de la época y su adscripción política, véase DURÁN DE PORRAS, Elías, *Galicia, The Times y la Guerra de la Independencia. Henry Crabb Robinson y la correspondencia de The Times en A Coruña (1808-1809)*, A Coruña, 2008.

27. MUIR, Rory, *Britain and the defeat of Napoleon*, London, 1996, pp. 2-3.

28. MORI, Jennifer, *William Pitt...*, pp. 204-206.

29. GATES, David, *The Napoleonic Wars. 1803-1815*, London, 2003, pp. 1-2.

beligerantes, que lucharon no solo contra Bonaparte sino también entre ellos por conseguir y retener la hegemonía.

Por otra parte, como sucedió con la propia Revolución, según ya se ha adelantado, la imagen de Napoleón fue cambiando a medida que sus acciones daban un giro cada vez mayor hacia el absolutismo militar. Y con ello, de la unanimidad inicial se fue pasando a la mayor de las discrepancias. Para los radicales *Whig*, Napoleón surgía como el mejor fruto de la Revolución, una promesa de resultado positivo que demostraría que todo había valido la pena, la última esperanza para poder justificar, o al menos olvidar, las atrocidades cometidas. Para el conjunto de la intelectualidad británica, su admirable carrera militar se explicaba sobre la base de sus dotes profesionales y de sus incuestionables habilidades personales. Al valorar esa fulgurante carrera no se tuvo en cuenta un factor crucial para la misma derivado de que, con algunas excepciones, Francia se había ido quedando sin oficiales, especialmente en la época de la Convención y debido a la persecución a que fue sometida la nobleza –de donde procedían exclusivamente los militares de carrera anteriores a la revolución–.

La popularidad de Napoleón no crecía solamente en Gran Bretaña. Aumentaba, y preocupaba mucho más en la propia Francia. A su vuelta de Italia, en diciembre de 1797, con la colaboración de Talleyrand, y apoyado en esa popularidad, presentó al Directorio un ambicioso proyecto para invadir Egipto. Su sorpresa, y la de su colaborador, fue inmensa cuando se le respondió con una negativa. El Directorio prefirió encargarle la supervisión de una posible invasión de Inglaterra. Tras inspeccionar los puertos del Canal de la Mancha desde Boulogne hasta Amberes, en febrero de 1798, Napoleón volvió a París mostrándose contrario a emprender esa aventura por considerarla demasiado arriesgada. Lo que quería era abordar una campaña mucho más ambiciosa que le permitiría hacer realidad su sueño oriental. Sus planes para invadir Egipto fueron rechazados en dos ocasiones más por el Directorio, pero finalmente consiguió convencer a sus miembros y desapareció de la escena europea durante un tiempo, llevándose 335 buques con sus tripulaciones al completo, 1.200 caballos, 171 piezas de artillería, 35.000 soldados y un «Comité de Artes y Ciencias» formado por 167 sabios que incluía científicos, matemáticos, artistas, inventores, escritores y orientalistas<sup>30</sup>.

La expedición de Napoleón pasó a ser el objetivo principal de la Armada británica, con el almirante Nelson a la cabeza. Aunque Francia logró conquistar Egipto, que ocupó hasta 1801, el balance de la campaña fue desastroso, y

30. STRATHERN, Paul, *Napoleon in Egypt*, New York, 2008, pp. 20-30.

suficiente motivo para truncar la carrera del artillero. No fue así, aunque la forma en que abandonó a su ejército y algunas de sus actuaciones, como la matanza de prisioneros en Acre, han quedado para la historia como algunas de las mayores razones de su deshonra. Para la Armada británica, el esfuerzo fue «un paseo», a modo de una útil serie de ejercicios prácticos de táctica naval. El gran beneficio, de carácter científico y cultural, fue para la humanidad. El botín, Piedra de Rosetta incluida, para Gran Bretaña. La edición del *Annual Register* correspondiente a 1799 dedicó sus tres primeros y extensos capítulos a dar cuenta de las actuaciones de Bonaparte en Egipto, incluyendo documentación ilustrativa y citando las fuentes correspondientes. La serie de epígrafes que anuncian y resumen los contenidos del capítulo VI de este anuario es digna de revisión por su elocuencia:

«Vicisitudes de Colonización, Comercio y Artes. Reacción de la expedición de Egipto, sobre los asuntos de Europa. Política interna de Francia. Violación de la libertad en las elecciones. Disensiones civiles. Finanzas. Supresión de periódicos. Ejecución de leyes contra los eclesiásticos y los emigrantes. Fuga y retorno de diputados deportados. De Guayana a Europa. Ley para la confiscación de las propiedades de los exiliados, en caso de que eviten o abandonen el lugar de su destierro. Debates en ambos consejos acerca de esto. Comisiones militares, procesos judiciales y ejecuciones. Ley para investigar todos cuantos ataques se han perpetrado contra personas y propiedades por causa de animadversión contra lo público y sus simpatizantes. Espantosos efectos de esta ley. Saqueo, venalidad y corrupción»<sup>31</sup>.

La imagen que se proyecta de la represión practicada en la Francia revolucionaria «post-Terror» no puede ser más descarnada, especialmente al incluir el término «ejecuciones» con total naturalidad, mezclado con otras referencias a asuntos habituales. Las noticias que luego se ofrecen con mayor detalle explican que se han suprimido doce periódicos, el endurecimiento de las leyes que regulan la persecución a los eclesiásticos, y la forma en que se abren las puertas a acciones vengativas, o inspiradas por la avaricia, con la nueva ley cuyos espantosos efectos ya se anuncian en el texto de arriba, por mencionar solamente algunos ejemplos.

La información que Burke transmite a sus lectores está orientada a desprestigiar los resultados de la Revolución haciendo campaña contra la misma. A la altura de 1801, cuando ve la luz este anuario, Napoleón no es aún el principal objeto de las críticas de los políticos moderados y conservadores británicos, todavía mucho más preocupados con los riesgos de las

31. *The Annual Register, or a view of the History, Politics and Literature for the Year 1799*, London, 1801, p. 85. Ejemplar completo en <<http://books.google.es/books>> [consultado: 8-X-2011].

agitaciones populares en su propio país. Napoleón, como se puede observar en los registros de los debates parlamentarios, no es considerado como un enemigo político, sino como un poderoso rival militar al que hay que vencer y respetar al mismo tiempo, ya que está al servicio de su patria y lucha por conseguir los objetivos que se le señalan, al igual que sucede con sus homólogos británicos. El anuario dedicado a 1799 recoge ya muy brevemente la importante noticia de la inesperada vuelta de Napoleón a Francia y su actuación involucionista contra el Directorio, el que pasaría a la historia como *Golpe de Brumario* de los días 9 y 10 de noviembre de 1799. Se cumplía la profecía de Burke. El breve pero explícito relato de los hechos que se ofrece a los lectores, tras referir las más recientes intrigas y conspiraciones en torno al Directorio, es como sigue:

«(...) Baste recordar lo que ya ha sido comentado: que los nuevos gobernantes, cuando accedieron al cargo recurrieron al uso y al poderío de las armas. Y ello a pesar de que, mientras que la voz de los jacobinos se alzaba a favor de la guerra, los impuestos y la conscripción, el grito de la mejor parte de la nación clamaba por la seguridad personal, la preservación de la propiedad y la paz. En esta dualidad, que supondría, por un lado, la vuelta de los realistas (que ha de tener lugar, si las potencias aliadas no encuentran una vigorosa y eficaz resistencia) y el sistema del Terror, con todas las cargas de la guerra, por el otro lado, la nación francesa, con admiración y pesar, recordó a su héroe quien, sin conscriptos ni contribuciones monetarias de procedencia francesa, condujo a Francia a la victoria y a la gloria. En estas circunstancias, a principios de octubre desembarcó Bonaparte repentinamente en Fréjus, en Provence, cual espíritu procedente de otro mundo. Y con la misma inmediatez desmanteló la obra revolucionaria de diez años y asumió el poder soberano sobre una nación incapaz de asumir la libertad republicana –presa de facciones enfrentadas, corruptas por igual– bajo el nombre de cónsul jefe»<sup>32</sup>.

La figura histórica de Napoleón se presenta ante los lectores del anuario como la de un héroe mesiánico («like a spirit from another world») en quien se confía para salvar a Francia de la Revolución y destruir lo que se ha hecho desde su estallido diez años antes. Como se puede apreciar, para los conservadores británicos, así como para los Whig moderados, Napoleón es todavía considerado como alguien beneficioso en quien se ponen todas las esperanzas.

El anuario correspondiente a 1799 en el que, como queda indicado, aparecía el texto citado elogiendo a Napoleón, no vio la luz hasta 1801, es decir, más de un año después de que sucedieran los acontecimientos que relata.

32. *The Annual Register, or a view of the History, Politics and Literature for the Year 1799*, London, 1801, p. 318. Ejemplar completo en <http://books.google.es/books> [consultado: 8-X-2011].

Podría pensarse que todavía en ese momento la figura de Napoleón era mayoritariamente respetada. Sin embargo la situación era muy diferente. En 1799, antes de los sucesos de noviembre, Napoleón era respetado y admirado en Gran Bretaña tanto por la mayoría de los Whigs como por gran parte de los intelectuales y escritores en general. Las victorias que el general francés había cosechado en Egipto frente a los mamelucos inspiraban un gran respeto hacia su genio y cualidades militares, y se valoraba especialmente también su habilidad como líder, capaz de inspirar en sus soldados una confianza ciega. Sin embargo, a raíz del proceso involucionista de noviembre, fueron muchos los admiradores de Bonaparte que sufrieron una grandísima decepción y, como siempre, con la excepción de los Whigs más radicales, aquella admiración se transformó en un rechazo frontal. El gran estratega militar no podía convertirse en un político, y mucho menos por la fuerza.



James Gillray. *El Triunvirato Consular francés redactando la nueva Constitución. 1799*<sup>33</sup>

33. Colección particular.

En el caso de Pitt y sus seguidores, la desconfianza hacia Bonaparte era generalizada. A pesar de los aparentes intentos de este último por firmar un tratado de paz con Gran Bretaña ya en 1800, el Gobierno británico nunca se fió de él. Durante las sesiones de los debates parlamentarios, el Primer Ministro no ocultaba la intensa antipatía que sentía por el Primer Cónsul. El día 3 de febrero de 1800, por ejemplo, aprovechando una intervención acerca de las que consideraba «ilusorias» propuestas de paz procedentes de Bonaparte, Pitt ofreció un breve resumen de las fases por las que había pasado la política francesa, describiendo los actos de agresión cometidos por el país vecino, según él «ensombrecidos por la perfidia» a costa de los territorios circundantes. Y refiriéndose a su antagonista manifestó:

«Este es el principal espíritu de la Revolución y su impulsor: (...) Es el mismo que ha caracterizado a Brissot, Robespierre, Tellien, Reubel, Barras y a todos los líderes del Directorio, pero a ninguno de ellos en mayor medida que a Bonaparte, en quien están unidos todos los poderes (...)»

A continuación, tras denunciar su participación en los saqueos de Italia y Suiza, en el golpe de «Fructidor» de 1797, y en la «despótica» ocupación de Malta y Egipto, Pitt añadía:

«Su dominio de Francia se debe a la espada, y a nada más. ¿Está vinculado a la tierra, o a las costumbres, o los afectos, o desafectos del país? Es un extraño, un extranjero y un usurpador; combina en su persona todo cuanto un verdadero republicano debe detestar; todo aquello a lo que un rabioso jacobino ha renunciado, todo cuanto un realista sincero y fiel ha de percibir como un insulto. ¿Si encuentra oposición en su carrera, a qué recurre? *Recurre a su fortuna*; en otras palabras, a su Ejército y a su espada, depositando pues toda su confianza en el apoyo militar ¿Puede consentir que su renombre militar se desvanezca, que sus laureles se marchiten, que la memoria de sus logros se hunda en la oscuridad? (...) ¿No hay nada que permita comprobar si la fortuna de este último aventurero en la lotería de las revoluciones tendrá visos de permanencia?»<sup>34</sup>

En el anuario correspondiente a 1801 se anticipaban ya con total claridad y acierto las principales líneas de actuación que el Primer Cónsul parecía haber diseñado respecto a su política exterior. Estas consistían en provocar la unión

34. ROSE, John Holland, *Pitt and Napoleon. Essays and Letters*, London 1912, p. 14. Dos años después de la muerte de Pitt se publicaría en el efímero periódico valenciano *El Correo del otro mundo* una carta apócrifa de Pitt, dirigida a Napoleón desde el más allá, que posiblemente habría hecho feliz a su supuesto autor. En ella se repasan con detalle los numerosos actos de traición a España cometidos por el emperador. Véase LEÓN NAVARRO, Vicente, «Papel y poder de la prensa en la Guerra de la Independencia (1808-1809). El caso valenciano», *El Argonauta Español*, nº 7 (2010). <<http://argonauta.imageson.org/sommaire46.html>> [consultado: 8-X-2011].

de todas las potencias marítimas en contra de Gran Bretaña, a fin de excluirla de los puertos europeos; atacar y, si fuese necesario, someter a Portugal, como única potencia aliada que le quedaba; y, finalmente, acosar hasta agotar su paciencia a la nación británica mediante la continua amenaza de invasión<sup>35</sup>. Estas tres presuntas líneas de actuación se cumplirían en un plazo más o menos largo, según los casos.

El primero de los propósitos de Napoleón llegó a lograrse en gran medida, como uno de los resultados de sus campañas expansionistas por Europa. Al igual que otros países en la órbita francesa, España contribuyó al Bloqueo Continental en 1807 con el envío a Dinamarca de la llamada División del Norte, formada por 15.000 soldados a las órdenes del general Caro Sureda, marqués de La Romana<sup>36</sup>. La cuestión portuguesa sería abordada seriamente ese mismo año, esta vez exclusivamente con ayuda española<sup>37</sup>. Respecto a la eterna y nunca cumplida amenaza de invasión, en realidad lo que Bonaparte hizo fue, precisamente, mantener el acoso para tener ocupada a parte de la flota británica. Y también para beneficiarse del efecto psicológico que producía en la población y, por tanto, en los dirigentes del país, una situación de alerta permanente. Parece ser que el momento más claro en que se planteó seriamente la invasión se sitúa entre marzo y julio de 1805<sup>38</sup>. Finisterre primero y Trafalgar después acabarían ese mismo año con la ilusoria aventura.

El principal efecto que tuvo esa amenaza en Gran Bretaña no fue precisamente positivo para la imagen de Bonaparte en el país, ya que sus fieles defensores Whig se quedaron con muy pocos argumentos para seguir siéndolo. Desde los primeros momentos en que se puso en práctica el Bloqueo Continental, y se detectaron desde los buques de la Navy y desde las costas inglesas los preparativos para una posible invasión, localizados sobre todo en las costas de Boulogne, la clase política británica y la ciudadanía en general desarrollaron un sentimiento antinapoleónico que no desaparecería hasta Waterloo. Los sucesivos anuarios, al igual que la prensa en general, se dedicaron a denostar su imagen e incluso a demonizarle.

35. *The Annual Register, or a view of the History, Politics and Literature for the Year 1801*, Londres, 1802, p. 76. Ejemplar completo en <<http://books.google.es/books>> [consultado: 9-X-2011].

36. Véase, por ejemplo, FRASER, Ronald, *La maldita guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia, 1808-1814*, Barcelona, 2006, pp. 204-210.

37. MOLINER PRADA, Antonio, «La Guerra de la Independencia en el contexto de las guerras napoleónicas», en MOLINER PRADA, A. (ed.), *La Guerra de la Independencia en España (1808-1814)*, Barcelona, pp. 16-17.

38. ROSE, John Holland, *Pitt and Napoleon...*, pp. 114-145.

El prefacio a la edición del *Annual Register* correspondiente a 1802, publicada en 1803, ilustra perfectamente esta tendencia cuando hace referencia a los doce años que han pasado ya desde que Europa se viese envuelta en una guerra desoladora, con sus antiguas fronteras alteradas por el «espíritu innovador de la Revolución» y con sus habitantes expuestos sucesivamente, bien a los «estragos del invasor», bien a la «amistad no menos agotadora del país protector». Napoleón pasa a ser un «innombrable aventurero militar o el corso usurpador», evitándose mencionarle directamente<sup>39</sup>. Es precisamente en 1802 cuando aparece el primer número de una de las publicaciones periódicas más influyentes del momento. Se trata del famoso *Cobbett's Weekly Political Register*. Si bien al describir la naturaleza de este periódico, ya suficientemente definido en su cabecera, Cobbett anuncia en primer lugar que ofrecerá un resumen y análisis del contenido de los debates parlamentarios, las actuaciones del Gobierno de Francia –especialmente aquellas que «directa o indirectamente» afecten a los intereses británicos– ocupan el segundo lugar en la relación de contenidos previstos. Aunque en ese momento se «disfrutaba» de una fase de tregua –más que de paz– entre ambos países, el recelo y la desconfianza respecto a la política armamentista francesa y su sospechosa orientación colonialista son notorios a lo largo de las páginas de Cobbett<sup>40</sup>.

Las críticas al Consulado que las publicaciones británicas difundían en sus páginas no se limitaban a su afán expansionista. Fueron muchas las voces que se alzaron también contra la forma en que se desarrollaba la política interior del Primer Cónsul, caracterizada por una fuerte represión y una despiadada persecución de sus opositores, tras cuyos pasos él siempre veía la sombra de Inglaterra. Pero el punto culminante de esas críticas se produjo cuando los observadores británicos comprendieron que Napoleón había decidido dar el paso más espectacular de su vida y convertirse en emperador de los franceses:

«(...) Nada podría favorecer más a la ambición personal de Bonaparte que el estado actual de las cosas. Toda Francia se postraba ante él como nunca, y estaba dispuesta a anticiparse a sus deseos con la sumisión más abyecta. Si su vanidad y osadía le hubiesen inducido, a la manera de algunos héroes de la antigüedad, a exigir que se le reconociese un origen divino, probablemente no habría encontrado la menor resistencia por parte de la nación. Pero

39. *The Annual Register, or a view of the History, Politics and Literature for the Year 1802*, London, 1803. Ejemplar completo en <<http://books.google.es/books>> [consultado: 9-X-2011].

40. *Cobbett's Weekly Political Register*, nº 1, London, 16-I-1802, pp. 2-3 y 16-18. A partir del mes de septiembre de 1802, William Cobbett decidió recopilar los números de su publicación semanal formando con ellos lo que denominó *Cobbett's Annual Register*, que en realidad era semestral.

la corona de Francia era el objeto de sus aspiraciones desde mucho tiempo atrás. Los sentimientos de pesar de la población por su antigua monarquía hacían sin duda que cualquier sistema de gobierno cercano a ella, incluso en la persona de Bonaparte, se les antojase aceptable. Y por ello vemos la utilización de ese sentir general como argumento principal para anticipar sus pretensiones (...)»<sup>41</sup>.

La pomposa coronación de Napoleón, cuya inmortalización en óleo el ya emperador encargó a Jacques-Louis David, escenificaría el descalabro de gran parte de los logros de la Revolución Francesa de la mano de un «extranjero», para deleite de la mayoría de los británicos. En medio de ese rechazo, no obstante, Napoleón aún se erguía como una figura ambivalente, gracias a la persistencia de aquella admiración generalizada de que había gozado su genio militar.

Los grandes poetas y escritores del Romanticismo inglés reflejaron en sus obras los procesos por los que había pasado la ciudadanía y la clase política británica en sus representaciones de Napoleón. Todos ellos demostraron también muy pronto un gran entusiasmo con su figura. Sin embargo, ya a principios de 1799 expresaba su gran decepción el más prestigioso del momento, el poeta laureado y temprano hispanista Robert Southey. En un poema titulado «History», repite este autor de forma recurrente la siguiente pregunta: «Was it for this?» («¿Todo para esto?»)<sup>42</sup>. El finalizar ese año de 1799, tampoco ellos fueron unánimes en el modo de construir sus respectivos *napoleones*. El ya mencionado Wordsworth, junto con Coleridge y Southey –los conocidos como *Lake Poets*–, comenzaron a diferir en sus representaciones de Napoleón de sus principales antagonistas ideológicos Byron y Hazlitt. Ambos grupos de autores aplicaron sus particulares puntos de vista políticos y culturales sobre los debates del momento a sus respectivas imágenes de Napoleón, quien fue crucial para la forma en que concibieron su propio papel y el concepto de sí mismos, hasta el punto de que incluso llegaron a rivalizar con él a través de sus obras literarias. Todos ellos estuvieron obsesionados con el dicotómico héroe/rufián en que se había convertido Bonaparte<sup>43</sup>.

Los procesos de construcción y deconstrucción del inspirado artillero quedan bien ilustrados mediante el repaso de algunos de los numerosos

41. *The Annual Register, or a view of the History, Politics and Literature for the Year 1804*, London, 1806, pp. 165-166. Ejemplar completo en <<http://books.google.es/books>> [consultado: 9-X-2011].

42. BAINBRIDGE, Simon, *British Poetry and the Revolutionary and Napoleonic Wars. Visions of Conflict*, Oxford, 2003, pp. 80-82.

43. Para un detallado estudio de las representaciones de Napoleón en el Romanticismo inglés, véase BAINBRIDGE, Simon, *Napoleón and English Romanticism*, Cambridge, 1995.

calificativos contradictorios que se le aplican en las referencias contemporáneas a su carrera: por un lado, «extraordinario», «gigante», «grandioso», «gran», «maravilloso», «prodigioso» y «generoso»; por el otro, «cruel», «mezquino», «despiadado», «pérfilo», «cobarde», «lunático» e «imperioso». Y lo mismo sucede con las numerosas, y contradictorias entre sí, alusiones a Bonaparte tomadas de una gran cantidad de arquetipos históricos y personajes míticos y literarios, tanto de renombre como denostados. Bainbridge registra un total de 54, entre los que destacan Alejandro Magno, Augusto, Tiberio, Julio César, Diocleciano, Carlos V de España, Gengis Khan, Cambises, Aníbal, Atila, Catilina, Carlo Magno, Alí Pachá, Oliver Cromwell, George Washington, William Pitt, Wellington, Macbeth, Ulises, Prometeo, Argos, Júpiter, Saturno, Marte, Goliat, Magog, y Byron<sup>44</sup>.

Un número superior aún de epítetos denostadores atribuidos a Napoleón aparecieron recogidos en *Buonapartephobia*, un folleto de gran formato obra de William Hone, que vio la luz en 1815 y que en 1820 iba por la décima edición<sup>45</sup>.

De todos los creadores románticos, es posible que Wordsworth sea quien mejor ilustre la evolución del pensamiento de la época, pasando de una defensa ciega de la Revolución que, como ya se ha señalado, le llevó a justificar la ejecución de Luis XVI, a una gran decepción provocada por la época del Terror. Napoleón aparecería ante él como una promesa destinada a resucitar el mejor espíritu revolucionario, para convertirse a continuación en un traidor a todo cuanto la Revolución prometía. En 1802, cuando Napoleón consiguió ser nombrado Primer Cónsul vitalicio e introducir el principio hereditario en la nueva Constitución, que consagraba su poderío, tanto Wordsworth como Coleridge y como Southey vieron desmoronarse definitivamente todas aquellas ilusiones. Aprovechando la breve tregua derivada del tratado de Amiens, Wordsworth volvió a Francia por tercera vez en 1802 para visitar a Annette Vallon y a la hija de ambos, Caroline, de diez años de edad. Coincidio entones con multitud de ingleses que cruzaron también el Canal ese mismo año para admirar a la Francia republicana. El enfado de Wordsworth con sus compatriotas viajeros quedó reflejado en sus sonetos sobre la independencia y la libertad, especialmente en el titulado *Calais*, de agosto de 1802<sup>46</sup>:

44. *Ibid.*, pp. 1-9.

45. Se encuentra *online* la novena edición de este panfleto, publicada también en 1820 en formato de cuadernillo, en <http://honearchive.org/etexts/buonapartephobia/buonapartephobia-html.html> [consultado: 25-XI-2011].

46. Is it a Reed that's shaken by the wind,/Or what is it that ye go forth to see?/Lords, lawyers, statesmen, squires of low degree,/Men known, and men unknown, sick, lame,

«Es un junco por el viento agitado,  
 O qué es lo que vais allí a ver?  
 Lores, letrados, hombres de estado,  
 Señores de baja estofa,  
 Hombres famosos, y hombres ignotos, enfermos, ciegos y cojos,  
 Transportados allá todos, como iguales criaturas,  
 Con ofrendas de temprana fruta se agolpan para inclinar la rodilla  
 En Francia, ante la recién- nacida Majestad.  
 Es así siempre. Vosotros, hombres cuya mente se humilla,  
 El reverente gesto puede al poder tributarse;  
 Mas es ello leal virtud, nunca mostrada  
 De forma apresurada, ni brotando de pasajera lluvia:  
 Desaparecidas la verdad, la sensatez, la libertad,  
 ¿Esperar una hora habría sido tal penuria?  
 ¡Qué vergüenza, inconscientes, a la esclavitud tendentes!»

Sus quejas se centraron en el hecho de que los curiosos viajeros británicos se congratulaban ante una Francia que se había traicionado a sí misma aclamando a un general del Ejército como Primer Cónsul vitalicio<sup>47</sup>. La referencia a una «recién nacida Majestad» encarnada en el Primer Cónsul atribuye un carácter advenedizo a Napoleón al tiempo que anticipa proféticamente la vuelta al *ancien régime* de su mano. Tras la auto-coronación de Napoleón, que establecía un imperio dinástico, de la desilusión mayoritaria se pasó a la más traumática estupefacción, ya generalizada. No sucedió así en el caso de Wordsworth, para quien los acontecimientos venían simplemente a corroborar sus predicciones.

Por otra parte, al igual que sucedía con los radicales reformistas, Byron y Hazlitt mantuvieron hasta el final una defensa –aunque no ciega– de la figura de Napoleón, utilizando su imagen como el símbolo de su firme oposición al gobierno *Tory*. Efectivamente, ya en su poema épico *Childe Harold's Pilgrimage*, cuya primera parte se publicó en 1812, Byron aludiría a la tiranía del imperialismo napoleónico y se referiría al emperador como «el azote del mundo» («The Scourger of the World»)<sup>48</sup>. A pesar de reconocer, y censurar, los errores

and blind,/Post forward all, like creatures of one kind,/With first-fruit offerings crowd to bend the knee/In France, before the new-born Majesty./'Tis ever thus. Ye men of prostrate mind,/A seemly reverence may be paid to power;/But that's a loyal virtue, never sown/In haste, nor springing with a transient shower:/When truth, when sense, when liberty were flown,/What hardship had it been to wait an hour?/Shame on you, feeble Heads, to slavery prone!

47. THOMPSON, Edward P., *The Romantics, England in a Revolutionary Age*, Suffolk, 1997, pp. 60-61.

48. BYRON, George G., *Childe Harold's Pilgrimage*, Canto I, 52, en *The Complete Poetical Works*, 6 vols., ed. de Jerome MCGANN, Oxford, 1986. Byron escribe lo anterior a raíz

de Napoleón, Byron siempre se esforzó por mantener contracorriente la imagen positiva que quiso construir de su héroe, incluso después de la derrota definitiva del general en Waterloo y su posterior y final confinamiento en Santa Helena. Todavía en 1823, Byron se referiría a sí mismo como «El gran Napoleón de los reinos de la rima» («The Grand Napoleon of the realms of rhyme»)<sup>49</sup>. Al igual que Byron, el ensayista Hazlitt y los más radicales opositores de los sucesivos gobiernos *Tory* se aferrarían a una imagen de Napoleón tan interesada como contradictoria y le serían fieles hasta el final. Napoleón fue muy consciente de que tenía valedores entre los políticos británicos, especialmente Fox y sus seguidores. Durante su primer confinamiento en Elba, recibió un día la visita de dos oficiales de la milicia británica, el comandante I. H. Vivian y un «Mr. Wildman», con quienes mantuvo una entrevista a finales de enero de 1815. En un momento de la conversación, según registró posteriormente Vivian:

«[Napoleón] expresó la opinión de que Inglaterra y Francia deberían ser aliadas. Al indicarle yo con la cabeza lo improbable de tal situación, dijo: «Por qué no? –El mundo es suficientemente grande – Francia no necesita inmiscuirse en asuntos comerciales. Hubo un hombre, Fox, que habría podido lograrlo pero, desgraciadamente, está muerto»<sup>50</sup>.

La controversia que suscitó la figura de Napoleón fue en gran medida la causa principal de su inmensa popularidad, que llegó a todas las capas de la sociedad británica y en la que se combinaban el odio y el temor con una cierta veneración fetichista. Ya en 1807, su imagen se reproducía con mucho éxito de ventas en las famosas fábricas de porcelana de Staffordshire, siendo el personaje representado con mayor frecuencia<sup>51</sup>. Y no era raro encontrar figuras suyas en los lugares más insospechados, como le sucedió a Southey en una posada, según recoge en su obra *Letters from England*<sup>52</sup>. Byron y Hazlitt, naturalmente, poseían bustos del emperador. A finales del siglo XIX existían, solamente en Londres, cientos de esculturas, figuras y bustos de Bonaparte en otros tantos domicilios particulares. Bainbridge ha desarrollado la teoría

de su paso en el verano de 1809 por una España sublevada contra el emperador: véase sus *Cartas y poesías mediterráneas*, ed. de COLETES BLANCO, Agustín, Oviedo, 2010, pp. 191-220.

49. BYRON, George G., *Don Juan*, ed. de STEFFAN, T. G., STEFFAN, E., y PRATT, W.W., Har- monsworth, 1982, XI, 55, pp. 5-8.

50. ROSE, John Holland, *Pitt and Napoleon...*, p. 174. Efectivamente, Fox había fallecido ya en 1806, justamente el mismo año que su rival Pitt.

51. Véanse, por ejemplo, <http://www.frostantiques.co.uk/staffordshire-figures/P813.html> y [/P782.html](http://www.frostantiques.co.uk/staffordshire-figures/P782.html).

52. SOUTHEY, Robert, *Letters from England by Don Manuel Alvarez Espriella. Translated from the Spanish*, London, 1807. ed. utilizada, New York, 1836, p. 38.

de que esos iconos tenían la función de «domesticar» al enemigo, cuya efígie formaba parte integrante de los enseres familiares<sup>53</sup>.

Napoleón protagonizó además –especialmente en 1803, cuando el temor a una invasión francesa de Inglaterra fue más intenso<sup>54</sup>– una inmensa cantidad de grabados elaborados por Gillray y otros artistas del momento, quienes recrearon su imagen mediante las más diversas caricaturizaciones de su personalidad. Estos grabados controlaron en cierto sentido la forma en que Napoleón se hizo visible en Gran Bretaña, siendo representado principalmente de manera cómica y ridiculizadora en unas ocasiones, y diabólica y monstruosa en otras. Aunque la circulación de los grabados era necesariamente limitada, la impresión y difusión masiva de otras formas de texto, como los folletos y los famosos *broadsides*, o carteles apaisados de gran tamaño, permitió garantizar que las imágenes denostadoras de Bonaparte llegaban a todas las capas de la población, analfabetos incluidos. Las imágenes de los acontecimientos relacionados con el presunto invasor inminente, que se difundían por todo el país, le representaban sobre todo como un advenedizo, o un usurpador. Los numerosísimos autores de los *broadsides* eran anónimos, aunque se tiene constancia de que el propio Cobbett y Hester Lynch Piozzi se encuentran entre ellos<sup>55</sup>. La profusión de este tipo de sátira gráfica contribuyó así a moldear en gran medida la percepción que la población británica fue teniendo de Bonaparte, adquiriendo un alto valor propagandístico en su contra<sup>56</sup>.

La siguiente caricatura, firmada por Gillray en 1803, resume todo ello. Al fondo, a la izquierda, se muestra un difuminado *broadside* titulado *The Roast Beef of Old England*, precedido de un grabado que representa a un buey (animal emblemático de Gran Bretaña) observado por una diminuta rana, en inglés *frog*, apodo peyorativo utilizado por los británicos para referirse a los franceses. Delante de este cartel se encuentra una silla parecida a la llamada *Coronation Chair* en la que está grabado el escudo real. A su izquierda, sobre una mesa, se halla un ejemplar de la *London Gazette*, órgano de difusión oficial en la que se leen dos elocuentes titulares: *List of Captures* e *Imports*. Un divertido y nada alarmado John Bull, personificación emblemática de Gran

53. Intervención de Simon Bainbridge en el Simposio titulado «Napoleon in the Zenith. A Bicentennial Symposium» y celebrado en la Universidad de Liverpool en junio de 2007.

54. El número de grabados que aparecen registrados en la British Library correspondientes a 1803, en su gran mayoría representando a Napoleón, es equivalente a la suma de los registrados para 1801, 1802 y 1804.

55. SEMMEL, Stuart, *Napoleon and the British*, London, 2004, p. 41.

56. Para una recopilación de las principales sátiras gráficas de Napoleón creadas entre 1801 y 1815, véase BRYANT, Mark, *Napoleonic Wars in Cartoons*, London, 2009.

Bretaña, cargado de folletos patrióticos en los bolsillos de su chaleco, escucha el mensaje del alarmista. En su mano izquierda sostiene una jarra de cerveza adornada con una corona y rebosante de espuma. A pesar de su atuendo de campesino, John Bull es sin duda el rey Jorge III. Porta en su mano derecha un grueso bastón coronado con una talla en forma de cabeza de un bulldog. Al fondo, a la derecha, se observan multitud de panfletos, todos ellos encolados sobre un muro de ladrillo, tal y como se mostraban al pueblo. El alarmista se parece mucho al líder de la oposición Whig, Richard B. Sheridan, aunque va vestido como un andrajoso, asomando incluso los dedos de su pie izquierdo por su destrozada bota. Porta fajos de panfletos, junto con un cepillo de largo mango, listos para encolar en las paredes. Es muy interesante la típica gorra roja que cuelga de su bolsillo identificándole con un jacobino. Su postura ligeramente encorvada aporta un aspecto siniestro al conspirador. Los panfletos que presuntamente ha encolado al muro tienen títulos muy alarmistas, como «Vivid libres o morid esclavizados», «Monstruo consular», «Para devorar a mujeres y niños», «Invasión de Gran Bretaña, Pillaje, Destrucción, Violaciones, Asesinato», etc.



James Gillray, *John Bull and the Alarmist*. 1803<sup>57</sup>

57. <http://pudl.princeton.edu/objects> [consultado: 26-XI-2011].

El mensaje del alarmista reza como sigue: «¡El ladrón corso ha abandonado su emplazamiento y viene para violar a vuestras mujeres e hijas!»<sup>58</sup>. La respuesta de John Bull a esta advertencia no puede ser más entusiasta: «¡Dejadle que venga y sea derrotado! ¡Qué le importa a Johnny Bull! Con mi grueso bastón bien firme le romperé el cráneo, o estrujaré al vil reptil entre mis dedos índice y pulgar. ¡Le haremos apestar como un chinche si osa intentarlo!»<sup>59</sup>

Efectivamente, mientras que los británicos pro-revolucionarios más radicales trataban de sembrar la alarma entre la población, insistiendo en una inminente invasión del país, liderada por Bonaparte, los moderados trataban de evitar que se generase un estado de desasosiego tal que provocase movilizaciones incontrolables de la población. Los anti-jacobitas más radicales, por su parte, se envalentonaban, como demuestra John Bull y, lejos de alarmarse, lo que deseaban era una oportunidad para aplastar a los invasores y eliminar la amenaza para siempre. El rechazo a Napoleón era compartido por todos ellos; sin embargo, las razones esgrimidas para ese rechazo no eran las mismas en todos los casos, como también era desigual la forma en que cada uno de los dos grandes bandos enfrentados (*Whigs* y *Tories*) trataba de utilizar en su beneficio la situación.

En noviembre de 1803 un todavía monárquico Cobbett se quejaba de que los periodistas clamaban contra Napoleón por considerarle «un déspota, no un demagogo, un tirano, en lugar de un usurpador, un traidor a su pueblo, no a su soberano» y les reprochaba que, en lugar de esforzarse por convencer al pueblo de que en Francia la tiranía había surgido del principio de igualdad, los articulistas londinenses protestaban contra Bonaparte por haber destruido tal nefasto principio<sup>60</sup>. Las quejas de Cobbett reflejan con nitidez la forma paradójica en que se interpretó la imagen de Napoleón en Gran Bretaña. El rechazo hacia su persona y sus actos era unánime. Sin embargo, los motivos sobre la base de los cuales se construía esa imagen negativa y denostada del Primer Cónsul eran muy diferentes. Para los sectores más radicales, Bonaparte era un traidor a la todavía admirada e idealizada Revolución. Para los moderados, Napoleón era, precisamente, el monstruo resultante de la misma.

58. «The Corsican Thief has slip'd from his Quarters \ And coming to Ravish your Wives & your Daughters».

59. «Let him come and be D—n'd! – what cares Johnny Bull! \ With my Crabstick assured I will fracture his Scull! \ Or I'll squeeze the vile reptile 'twixt my Finger & Thumb, \ Make him stink like a Bug, if he dares to presume!»

60. *Cobbett's Annual Register for 1803*, vol. II, 12-XI-1803, pp. 705-706.

## Conclusiones

Como había sucedido con la Revolución Francesa, en el Reino Unido, desde la aparición de Napoleón en el escenario revolucionario hasta su transformación en un ambicioso déspota ilustrado, los políticos, ensayistas, periodistas, poetas románticos, intelectuales y autores literarios británicos en general asumieron diferentes representaciones del personaje en función de su propia orientación ideológica. Representaciones que fueron evolucionando de forma paralela a la propia evolución del futuro emperador e intentaron, o bien otorgarle un lugar importante en el imaginario popular, o bien desplazarle del mismo. Esa doble y dinámica imagen del famoso general, compatible consigo misma, se reflejó con gran fidelidad en el conjunto de la ciudadanía. Napoleón se proyectó en Inglaterra en dos dimensiones: como un personaje histórico real, el brillante oficial cuyo genio militar, digno de veneración, se vio superado por la desmesurada ambición y el ansia de poder político, y como un decepcionante traidor a los ideales revolucionarios que se convirtió en un tirano condenado al fracaso, aunque en ningún caso al olvido.

Tanto la Revolución Francesa como Napoleón Bonaparte fueron instrumentalizados en Gran Bretaña por *Whigs* y *Tories* con el fin de reforzar sus respectivas y encontradas posturas y, quizás lo más importante, en su pugna por conseguir el apoyo de la ciudadanía. La imprenta, la prensa, la sátira gráfica, y la propaganda mediática en general, al igual que la creación literaria, especialmente la poética, se pusieron incondicionalmente al servicio del sector de opinión coincidente con la respectiva orientación ideológica de sus autores.

En el caso de los poetas románticos, la mediación fue muy sincera y muy fiel a la realidad que se presentaba inexorable ante ellos. El ejemplo más paradigmático de todo este proceso se encuentra en la persona de Worsdworth quien, por un lado, pasó de justificar la ejecución de Luis XVI en 1793 a rechazar de la forma más contundente las consecuencias de la Revolución y, por otro, de admirar y ensalzar a Napoleón a denostarle con la misma contundencia. El ejemplo más interesante de una lucha contumaz por mantener el mito del héroe Napoleón, a pesar de admitir sin paliativos sus errores históricos, se encuentra en el caso de Byron.

Todavía dos siglos más tarde, esa dualidad está presente en las representaciones de Napoleón, inspirando admiración y rechazo al mismo tiempo. Quienes eligen el lado positivo de su imagen apelan a la forma en que garantizó para Francia, y para gran parte de Europa, las bases de un sistema administrativo eficaz. Otros prefieren quedarse con la figura autoritaria del traidor a los principios de la Revolución, o la del represor que desarrolló un expansionismo territorial agresivo y restauró el sistema monárquico con el establecimiento de

su propio imperio absolutista. Todos reconocen su genio militar. En cualquier caso, el nombre de Napoleón ha conseguido enraizar en la cultura popular y convertirse en un mito –en la actualidad es aún frecuente encontrar figuras y bustos de Napoleón en los hogares europeos y norteamericanos–. También ha sido objeto de multitud de investigaciones científicas. Una de las imágenes más famosas del general es la creada por Jacques-Louis David en 1812, *Napoleón dans son Bureau*. Representa a un personaje poco atractivo, de baja estatura y ligero sobrepeso, con escaso pelo y marcadas entradas. Está impecablemente vestido y peinado en un entorno asociado al estudio y al conocimiento gracias a la presencia de numerosos libros, entre los que destacan dos gruesos volúmenes depositados en el suelo –con seguridad representando algunos de los muchos tomos de la magna obra auspiciada por él, *Description de l'Égypte*– y rodeado de mobiliario y decorados alusivos a Egipto. Napoleón oculta la mano derecha en el interior de su chaleco. Esta postura, junto con el conocido bicorno, es identificada universalmente con el emperador francés de origen corso a quien, al igual que lo que sucede con los clásicos grecolatinos y con los emperadores romanos, se reconoce simplemente por su nombre: Napoleón.



Jacques-Louis David, *Napoléon dans son Bureau*. 1812<sup>61</sup>

---

61. National Gallery of Art, Washington, USA.